

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El prudente viajero

Un viajero llevaba consigo grandes riquezas y había de pasar por un camino muy solitario. Topando, pues, con alguna gente del país, les preguntaba si podría ir seguro por aquel camino. Respondieron unos, que mirase por sí y tomase otra senda que allí había porque sabían que aquel camino estaba infestado de ladrones. Respondieron otros que no era verdad que hubiese tales ladrones, y que bien podía proseguir su camino. Movióse con esto una verdadera contienda entre la gente que informaba y aquél hombre: unos decían que había ladrones, otros que no.

Nuestro viajero estaba impaciente. Preguntó, pues, si podía ir del todo seguro por la otra senda y todos les dijeron que sí; pero era más dificultosa y de mayor rodeo. Entonces el prudente viajero pensó un rato en lo que haría y dijo para consigo: Unos dicen que por el camino que llevo no hay peligro; otros dicen que lo hay; pero todos convienen en que por esa otra senda puedo andar seguro de todo temor. ¿Qué importa, pues, que sea algo más trabajosa mi jornada? No quiero yo poner en riesgo mi hacienda y mi vida. Y sin más discurso tomó luego con toda resolución el camino seguro.

Apliquemos ahora el caso a nuestro propósito. Cierito es que en este mundo todos somos viajeros y peregrinos que caminamos a la eternidad. El tesoro que llevamos es el alma: el camino fácil es el de la libertad y de las pasiones; el camino más árduo es el de la fe y de la ley de Jesucristo. La impiedad nos dice: echa por donde quieras y no tengas miedo. La Religión nos dice: ¡alto! que vas a perderte. Pero todos, buenos y malos, incrédulos y católicos convienen en que el camino de la santa Religión es camino seguro y libre de todo peligro.

¿Que aconseja, pues, la prudencia, la sola prudencia humana, en tan horrorosa alternativa? ¿Qué se parado es cosa imposible: hay que echar adelante por una u otra senda, porque la vida

corre a la muerte como las aguas de un río corren al mar.

¿Que camino, pues, ha de tomar un hombre que no tiene ya rematado el juicio para poner en salvo un bien que es mil veces mayor que la vida y librarse de un mal que es cien mil veces peor que la muerte? Claro está que imitará al prudente viajero, el cual escogió sin vacilaciones el camino seguro.

Adelante, pues, lector carísimo, que la elección no puede ser mejor. En el negocio más importante de tu vida has escogido los medios más acertados; en el camino de tu eternidad la senda libre de todo peligro que lleva seguramente al destino de la eterna felicidad. Esta es la senda que nos mostró el Hijo de Dios, cuando personalmente visitó la tierra para anunciar a los hombres la buena nueva que nos traía del cielo. Esta es la senda que nos enseñaron los santos Apóstoles, la que regaron con sangre millones de mártires, la que esmaltaron con sus virtudes innumerables santos confesores, hombres justos y perfectos, que forman la gloria de la Religión de Jesucristo y el mejor ornamento del linaje humano. Mas por el camino de la incredulidad y del libertinaje han andado todos los impíos, herejes y apóstatas con toda la infernal caterva de blasfemos, ladrones, homicidas, adúlteros, avaros, embusteros y demás gente sin ley, sin Dios y sin conciencia, que no han vivido en este mundo sino para escandalizar a sus semejantes, turbar la paz de la tierra y llenar de ignominia la dignidad de la naturaleza humana.

Por esto su miserable fin es la eterna confusión y horror del abismo, adonde como a cloaca infernal va a parar toda la inmundicia de la tierra: pero la verdadera patria de los justos es el Reino de los cielos, donde la cristiana virtud será gloriosísimamente recompensada por todos los siglos de la eternidad.

Vive pues, hermano mío, según Jesucristo.

¡Vive para la eternidad!!!

El portal de Belén

Montada en una pollina por sendos abrojos llévate la Virgen Nazarena y a pie camina José, buscarse para alojarse hasta que asome la aurora, una choza bienhechora, que abrigo y techo les dé.

En Belén se lo han negado y el Cielo se lo depara que, al derramar su luz clara el astro que envió el Señor, entre las breñas del monte un establo abandonado, donde se guarda ganado ilumina su fulgor.

Allí los dos se guarecen por el mundo despreciados, que humildes y resignados los santos viajeros son, y en el silencio nocturno alzan al cielo sus ojos y a Dios postrados de hinojos elevan una oración.

La noche está muy helada... en el monte zumba el viento y en el alto firmamento ni una estrella su luz da, las pardas nubes se agolpan cubriendo de luto el suelo y al hombre velan el cielo hacia cuyas playas va.

¡Oh que noche tan oscura! de los árboles cercanos y de los montes lejanos turbias siluetas se ven, argentadas como fantasmas, que medrosos amenazan a los viajeros que pasan en dirección a Belén.

¡Oh que noche... fiel retrato el hombre impío y mezquino, que al cruzar por el camino de esta vida va sin luz! ¡Oh que noche... exacta imagen del mundo, que avanza incierto por las tinieblas cubierto de libertino capuz.

De pronto el denso nublado se rasga y el viento cesa y téplase la crudeza de hela la noche invernal, y mil astros luminosos de celestiales fulgores derraman sus resplandores sobre el mismo portal.

Y en músicas melodiosas los querubes edenciales anuncian a los mortales el gran misterio de amor: que en un establo ha nacido de una Virgen tierna y pura la paz, la dicha y ventura de Israel, su Redentor.

«Gloria a Dios y paz al hombre» repiten las jerarquías

que ya ha nacido el Mesías y el mismo Jehová. «Gloria a Dios y paz al hombre» que este Niño bienhadado las tinieblas del pecado con su sangre borrará.

Oh Jesús, divino Infante que dejas el alto cielo y a nacer bajas al suelo porque infinito es tu amor; ya que anuncian tus querubes la paz, pon fin a la guerra que inundada está la tierra de odio, lágrimas y horror.

I. ALBERT,

Estudios Sociales

El dinero en manos de jóvenes y de niños, no es un bien: primero, porque aprenden a malgastar y malversar la moneda, y segundo, porque es un peligro para su alma; a cada paso hay cines y postales llamativas que emponzoñan a inexpertos y tiernos corazones.

Teniendo dinero los jóvenes pronto se ven bloqueados por amigos aviesos y aduladores que les perverten el corazón. Es pues un mal el dinero en manos de la juventud.

Los padres para obsequiar a sus hijos pueden hacerlo de mil maneras, pero no poniendo el dinero a su discreción juvenil.

EL DÉCIMO

(Cuento)

¿La historia de mi boda? Oiganla ustedes; no deja de ser rara.

Una pálida obliquilla de pelo grueso, de raído mantón, fue la que me vendió el décimo de billete de lotería a la puerta de un café, a las altas horas de la noche.

Le dí de prima una cantidad enorme, un duro.

¡Con qué humilde y graciosa sonrisa recompensó mi largueza! —Se lleva usted la suerte, señorito,— afirmó con la insolencia y clara prononciación de las muchachas del pueblo de Madrid.

—¿Estás segura?— le pregunté en broma, mientras desfilaba el décimo en el bolsillo del gabán y subía la chaqueta de seda que me servía de tapaboca, a fin de preservarme de las pulmonías que aseguraba el re-